

veintiséis años, y que hace dos terminó sus estudios de medicina.

—¿Cómo es que Ud. habla tan bien el francés, algo tan raro en la generación joven de este país?

—Se debe a que mis padres vivieron durante largo tiempo en Francia y que siempre hemos hablado francés en casa. Mi padre es profesor de química en una de nuestras grandes universidades. Ya lo era antes de la revolución. Como muchos otros, aceptó el soviétismo y le conservaron porque tenían necesidad de él.

—¿Quiere decir, entonces, que Ud. nunca ha conocido otra cosa que el Soviet?

—Tenía doce años cuando se produjo la revolución.

—¿Está Ud. de acuerdo con el régimen?

—Detesto este régimen que nos explota en forma vergonzosa.

—Sin embargo, Ud. no parece desgraciado y va bien vestido.

—Es gracias a las entradas relativamente elevadas de mi padre; pero yo, como muchos médicos, no recibo más que un sueldo de hambre: 90 rublos al mes, la mitad de lo que percibe cualquier obrero calificado. Si no fuera por el suplemento que me da mi padre me sería imposible alimentarme.

—Pero, en resumen, Ud. es célibe y puede vivir con poco.

—Soy soltero, es cierto, y parezco estar condenado a serlo toda mi vida, porque nosotros los médicos somos enviados, como los militares, de un extremo al otro del país, según las necesidades del momento y sin tener derecho a protestar. Ya he pasado un año en una pequeña aldea de Siberia y otro en una Kolkhose del Ural, en lugares en que no se puede